

¿FANTASMAS EN MI CUMPLEAÑOS?

Las cinco amigas ingresamos al mismo colegio en primera preparatoria y egresamos juntas al terminar la secundaria. Después tuvimos destinos diferentes: profesionales, dueñas de casa, educadora, con el común denominador de ser madres y abuelitas. Un par de veces al año nos reunimos a la hora del té en casa de una, rotativamente. Nos ponemos al día en lo concerniente a esposos, hijos, nietos, y terminamos conversando sobre algún tema que propone la invitante. Hoy, esta misión me correspondió a mí y había elegido algo que podría entretenerlas.

-A ver: ¿alguna de ustedes se ha encontrado con fantasmas?

-No, nunca, y Dios nos libre porque debe ser aterrador – dijeron a coro.

-A mí casi me pasó, en el año 2001. Mario y yo andábamos en gira turística en España. Ustedes recuerdan que el once de septiembre es mi cumpleaños...

Risas y bromas cariñosas me interrumpieron y luego pude continuar:

-El lunes diez llegamos muy temprano a Santiago de Compostela. Íbamos a estar allí pocos días, así es que nos convenía sacarle el jugo al viaje. Dejamos las maletas en el hotel y contratamos una visita guiada al centro de la ciudad.

-Yo también estuve en Santiago de Compostela, de pasadita –dijo María Luisa- la catedral y su *botafumeiro* son inolvidables, sobre todo si uno tiene la suerte de estar ahí cuando le dan vuelo al tremendo incensario.

-Claro. Y después de visitar la catedral –volví a mi relato- el guía nos llevó al otro lado de la *Praza do Obradoiro*, para conocer el *Hostal dos Reis Católicos*, uno de los “paradores” más famosos de España.

-Nosotros lo vimos por fuera, porque era muy tarde y ya no permitían entrar a los turistas, -agregó María Luisa- recuerdo que es un enorme edificio de piedra, muy imponente, que ocupa todo un costado de la plaza.

-Así es. Nos pasearon por los salones de la planta baja, nos asomamos al comedor principal y nos mostraron algunos dormitorios en la segunda planta. La historia del hostel es interesante, ¿la conoces?

-No me acuerdo nada...

Menos mal -pensé, o va a seguir ella con el cuento-. Aproveché de tomar un respiro mientras nos servíamos otra taza de té. En el parrón del patio se había instalado una pareja de zorzales y su canto amenizaba nuestra charla.

-El guía contó que el edificio fue construido por encargo de Isabel La Católica, financiándolo con el tesoro que “recolectó” cuando derrotó al rey moro. Sería un convento que serviría también de hospital para atender a los peregrinos que llegaran exhaustos o enfermos después de completar “el camino de Santiago”, desde el norte de Francia o más lejos aún. Los peregrinos no eran jóvenes sanos y atléticos como los que hoy llegan montando bicicletas. Algunos eran enfermos en busca de alivio a sus padecimientos, amparados en la fe. Otros eran pecadores que venían a implorar el perdón divino, rogando la intercesión de “*el divino Xacobe*”. Les tomaba varias semanas de caminata fatigosa. Igual que muchos hospitales de esa época,

lo atendían monjes y monjitas que servían como enfermeros además de religiosos. Los médicos locales competían con los tradicionales “barberos” para visitar a los dolientes, dejarles prescripciones magistrales o hacerles sangrías. Pasaron los años, se construyó otro hospital lejos del centro de la ciudad y el viejo edificio iba a ser demolido, pero a alguien se le ocurrió transformarlo en “hostal” y eso es ahora, calificado con cinco estrellas, lujoso y muy caro.

-Bueno, ¿y tenía fantasmas? -preguntó Carmencita.

Sonreí, revolví la taza de té, tomé un par de sorbos y continué:

-En los tiempos en que era hospital, la planta baja fue destinada a los pacientes más graves. A los demás los alojaban en la planta superior. A los moribundos les proporcionaban agua, alimentos y servicios religiosos. Una vez que fallecían, los monjes trasladaban los cadáveres a una cripta subterránea, debajo de la planta baja. Los depositaban uno junto al otro, sin ataúdes, dejando que se pudrieran y convirtieran en esqueletos, que quedaron allí. Eso mismo he visto en monasterios medievales en México y en Perú, pero los monasterios del “Nuevo Mundo” no fueron transformados en hoteles y no tienen comedores instalados encima de los osarios. En Santiago de Compostela la bajada a la cripta fue tapiada antes de que convirtieran ese monasterio en hostal y la cripta ya no puede visitarse, en cambio en México y Perú se incluyen entre las atracciones turísticas.

-Medio macabra se está poniendo tu historia... -reclamó Graciela.

-Y falta lo peor. Un comedor nos atrajo por ser un gran salón medieval: paredes de piedra con enormes arcadas, cielo raso muy alto con artesonados de

madera oscura, mobiliario estilo conventual en que los respaldos de las sillas están decorados con símbolos heráldicos y la carta que nos ofrecieron se veía interesante. Entonces a Mario se le ocurrió reservar una mesa para la cena de mi cumpleaños, que sería en la noche siguiente.

-¿Qué tal fue la cena? -preguntó Lorena.

-Muy agradable, pero no fue allí. Cuando volvimos a nuestro hotel encontramos al conserje que nos atendió en el *check in* y nos había aconsejado itinerarios para esos días. Era un tipo afable y conversador, que dio un respingo cuando le mencionamos nuestro plan para la cena de mi cumpleaños:

-Vamos, tomadlo con cautela, no sea que os llevéis una sorpresa ingrata. Debéis saber que a ese cementerio subterráneo bajaron unos cuantos cristianos sin haber fallecido todavía...

-¿Qué? ¿Cómo fue eso? -le pregunté.

-Pues, cuentan las malas lenguas que cuando una peste asoló Compostela, a los monjes se les hizo chica la sala de los moribundos. Entonces, para hacer espacio a los enfermos que seguían llegando, tomaron a algunos que ya estaban en las últimas, les dieron la Extrema Unción y los bajaron a la cripta subterránea. Y dicen que a veces, en las noches, los pasajeros alojados en la planta baja oyen quejidos, suspiros y llantos que parecen venir desde más abajo, de la cripta subterránea. Algunos mozos del comedor también los han oído, después de la medianoche.

-Amigas, no pude contenerme cuando escuché esa historia. Creo que casi grité:

-¡Yo no voy a cenar encima de un cementerio! ¡Si llego a oír esos lamentos tendré pesadillas muchas noches!

Y a Mario no le quedó otra que llamar al Hostal de los Reyes Católicos para cancelar nuestra reserva. Después de un día agotador y emocionante, terminamos cenando en el comedor del hotel donde nos alojábamos. Menos elegante, pero ustedes saben que conseguir una cena apetitosa en España no es una empresa difícil. Además, era el día de mi cumpleaños -el martes 11 de septiembre de 2001- y todo el mundo estaba conmocionado con el atentado contra las “Torres Gemelas”. Lo supimos cuando caminábamos, esa tarde, en pleno centro, y de repente notamos que las calles quedaron vacías y la gente se agolpaba frente a las tiendas que tenían televisores. A un transeúnte con aspecto de habitante local le pregunté “¿Qué está ocurriendo, señor?” y me respondió muy agitado, con fuerte acento gallego:

-¡Pues, señora, que están bombardeando Nueva York!

Rato después conseguimos la información real sobre el terrible suceso.

Esa noche recibí llamadas telefónicas desde Chile. Nuestros hijos quisieron saludar a su mamá y cada uno me hizo más o menos la misma observación:

-¡Chita mamá, ocurrírsele nacer un once de septiembre! ¡Con ésta, ya lleva dos efemérides en sus cumpleaños! Y las dos en días martes...

Sentados en el comedor, mientras disfrutaba el postre dije a Mario: -Menos mal que le hicimos caso al conserje y nos quedamos aquí, sin espantarnos por los fantasmas del hostel...

Mario tenía la mirada fija en la puerta que, a mi espalda, conectaba el comedor con la cocina. Me volví hacia allí y descubrí que nuestro conserje, vestido ahora más elegante, atendía a las mesas cercanas con actitud ceremoniosa.

-Oye, Mario, parece que el conserje es también el maître del comedor...

La risa de Mario me pareció dolorosamente irónica. ¡Qué crueldad! Ese conserje infame me hizo tragar una historia macabra y en mi cumpleaños...

-Mira, Lucianita -dijo María Luisa- lo que pasó fue que el maître era un frescolín que, aparte de entretenerse un poco, quería conquistar clientes para su restorán...

-Bueno, amigas, si pudiera regresar a Santiago de Compostela iría al mismo hotel para buscar al gallego vivaracho y le devolvería la mano con una historia escalofriante que escuché en una caleta de Chiloé.

Se despidieron celebrando mis avatares en Compostela.

Cuando Mario lea el texto que pienso escribir, no creo que se reirá de mí otra vez. Él también se había tragado el cuento del conserje y podrá descubrir lo que sea un agregado de mi imaginación. Además, sabe cuánto me entretengo escribiendo mis cuentos.